

de el Texel hasta Lisboa y Cádiz, de Cádiz á Génova, de Génova á Otranto y de Otranto á Venecia. Si en la negociación tratamos de sostener principios absolutos, no hay paz posible; Francia ha entregado la mayor parte de sus conquistas á todos los gobiernos vencidos por ella: ha restituido al Austria una parte de Italia, á la corte de las Dos Sicilias el reino de Nápoles, al papa el Estado Romano entero; ha cedido la Toscana, que pudo fácilmente reservarse, á la casa de España; ha restablecido á Génova en su independencia; limitase ahora á hacer de la Lombardía una provincia amiga, y se dispone á evacuar la Suiza, la Holanda y el mismo Hannover. Fuerza será, pues, que Inglaterra restituya también una parte de sus conquistas; las que Francia reclama no le atañen á ella directamente, mas pertenecen á sus aliados. La Francia considera como un deber el recobrarlas para restituírselas. Por otra parte, cuando se concede á Inglaterra la India y el Ceilán, ¿qué son, comparadas con estas posesiones, esas otras cuya restitución se le pide? Si no se quiere hacer concesión alguna, es preciso manifestarlo, y declarar francamente que la negociación es un mero engaño. El universo juzgará quién hizo la paz imposible; entonces Francia hará un último esfuerzo, y este esfuerzo, difícil y sin duda alguna peligroso, será quizás mortal para Inglaterra, porque no desespera el primer cónsul de atravesar el estrecho de Calais á la cabeza de cien mil hombres.»

Negociaban lord Hawkesbury y Mr. Addington con el deseo natural de conseguir una paz ventajosa para ellos, pero también cercana. Hiciéronles fuerza los argumentos del gabinete francés, y les dió en qué pensar la enérgica resolución que se les intimaba; por lo cual inmediatamente expusieron en la negociación pretensiones más moderadas y más adecuadas al fin legítimo y deseado. Respondieron primeramente al argumento del primer cónsul sobre las conquistas que Francia había restituido: que si esta nación había abandonado parte de sus conquistas fué sólo porque no las hubiera podido conservar, al paso que no había marina alguna en el mundo que pudiese despojar á Inglaterra de las colonias que había conquistado; que si Francia restituía una parte de los territorios ocupados por sus ejércitos, también conservaba á Niza, la Saboya, las orillas del Rhin, y sobre todo la desembocadura del Escalda y Amberes, lo cual la engrandecía sobre manera, no sólo en tierra, sino también en la mar; que era preciso restablecer el roto equilibrio europeo, y que era indispensable hacerlo, si no en el continente, donde había quedado de todo punto destruido, por lo menos en el Océano; que si Francia quería conservar el Egipto, ya no era la India una compensación suficiente para Inglaterra, y que en tal caso el gobierno británico aspiraba á conservar una gran parte de las nuevas adquisiciones. «Sin embargo, añadía lord Hawkesbury, nosotros sólo hemos hecho la primera proposición, y dispuestos estamos á desistir de lo que parezca en ella sobrada exigencia. Restituiremos algunas de nuestras conquistas; dígnanos ustedes solamente en cuáles de ellas ponen mayor empeño.»

El primer cónsul replicó vivamente al razonamiento de los ministros ingleses. Según él, no era exacto decir que podía Inglaterra conservar todas sus conquistas marítimas, y que Francia, por el contrario, no podía

conservar sus conquistas continentales. Terminada la guerra continental, ya fuese por la extenuación absoluta de una parte de los aliados de Inglaterra, ó ya por el cansancio de los otros, la Francia, auxiliada con los socorros de Holanda, de España y de Italia, hubiera hecho en el continente cuanto hubiera querido, y aún se hallaba en el caso de hacer por mar mucho más de lo que los ministros británicos creían. Sin duda Francia no hubiera podido conservar el centro de Alemania y las tres cuartas partes de Austria sin ocasionar un trastorno en Europa, pero sí concluir una paz menos moderada que la de Luneville; postrada Austria después de la derrota de Hohenlinden, hubiera podido conservar Italia entera y la misma Suiza sin que nadie pudiera estorbarlo. En cuanto al equilibrio continental, roto había quedado el día en que Prusia, Rusia y Austria se habían repartido entre sí sin compensación para ninguna otra potencia el vasto y hermoso reino de Polonia. Las riberas del Rhin y las vertientes de los Alpes apenas constituían para Francia un equivalente de lo que sus rivales habían en el continente adquirido; y en cuanto á la mar, el Egipto compensaba apenas la conquista de las Indias. Aún era dudoso que con esta colonia conservase Francia sus antiguas proporciones marítimas con respecto á Inglaterra.

Tenían estos argumentos el poder de la razón, y felizmente también el de la fuerza, puesto que nunca basta uno de ellos solamente cuando se trata de negociar. Pronto se convino en la base de la negociación; decidióse que Inglaterra, permaneciendo propietaria de la India, restituiría una parte de las conquistas hechas á Francia, España y Holanda; en seguida se pasó á los pormenores y á la designación de los objetos que habría de conservar ó restituir.

Sin conceder formalmente la posesión del Egipto á la Francia, punto que el negociador inglés deseaba dejar envuelto en cierta sombra de duda, proponía éste dos hipótesis, la de que conservase la Francia el Egipto, y la de que renunciase á él, ya fuera que lo perdiese por la fuerza de las armas, ó ya que voluntariamente lo abandonase. En la hipótesis primera, la de que la Francia conservase el Egipto, la Inglaterra, dueña de la India y de Ceilán, comprendidos Chandernagor y Pondichery, exigía además el Cabo de Buena Esperanza, una parte de las Guyanas, esto es, Berbice, Demerara y Essequibo, la Trinidad y la Martinica en las Antillas, y por fin y sobre todo la isla de Malta. Devolvería ella las pequeños posesiones holandesas de las Indias, el Surinam, las islas insignificantes de Santa Lucía, Tabago, San Pedro y Miquelón, y por último Menorca. Por la segunda hipótesis, la de que los franceses no quedaran en posesión del Egipto, pedía nuevamente la India y el Ceilán: pero consentía en entregar las factorías de Pondichery y de Chandernagor, el Cabo de Buena Esperanza y la Martinica ó la Trinidad, dejando una de ambas á nuestra elección, quedándose con la otra. Por último, reclamaba también la isla de Malta, pero no de una manera perentoria.

No eran suficientes estas restituciones para el primer cónsul; estrechóse más la negociación, y después de un mes de continuo discutir formuláronse las siguientes proposiciones que constituían en la esencia la mente de los dos gobiernos.

Quería Inglaterra conservar á todo trance la India y la isla de Ceilán. Si los franceses evacuaban el Egipto estaba dispuesta á entregarles las factorías de Chandernagor y Pondichery; restituía el Cabo á los holandeses con la condición de que fuese declarado puerto franco; restituía, además de Berbice, Demerara y Essequibo en el continente americano, el establecimiento de Surinam; restituía una de las dos grandes Antillas, la Martinica ó la Trinidad, y además Santa Lucía, Tabago, San Pedro y Miquelón, y por último las islas de Menorca y Malta. De modo que conseguía como resultado de la guerra, si renunciábamos al Egipto, el continente de la India, el Ceilán y una de las dos principales Antillas; y si le conservábamos obtenía además á Chandernagor y Pondichery situados en la península Indica, y como indemnización de Trinidad, que amenazaba á la América española, la Martinica, que es el primer puerto de las Antillas, y finalmente Malta, que es el primer puerto del Mediterráneo.

Aunque el Cabo, la Martinica ó la Trinidad y Malta, que exigía Inglaterra por vía de aumento, caso de quedar por nosotros el Egipto, distasen mucho de valer lo que esta importante posesión, y aun cuando hubiera convenido ceder inmediatamente, si esta condición hubiera sido inevitable, todavía esperaba el primer cónsul conservar la colonia africana pagando menos cara dicha concesión. Lisonjeábase con la confianza de que si sucumbía el ejército inglés dirigido hacia el Nilo, y si los españoles movían guerra enérgicamente á Portugal, podría él, conservando el Egipto, hacer restituir el Cabo á los holandeses, la Trinidad á los españoles, Malta á la orden de San Juan de Jerusalén, y obligar de este modo á Inglaterra á contentarse con la India, el Ceilán, una parte de las Guyanas y una ó dos de las pequeñas Antillas.

Todo, pues, dependía de los acontecimientos de la guerra, y los ingleses, esperando por su parte que se volviese de su lado la fortuna, no sentían esperar su resultado, que no podía tardar mucho, puesto que sólo se trataba de saber si los españoles se arriesgaban por fin á marchar sobre Portugal, y si las tropas inglesas que llevaba á su bordo el almirante Keith por el Mediterráneo conseguirían tomar tierra en Egipto. Uno ó dos meses á lo sumo se necesitaban para saber este resultado; así que por una y otra parte, al mismo tiempo que se ponía gran cuidado en no romper la negociación, pues sinceramente se deseaba se estableciese la paz, se tomó el partido de ganar tiempo, para lo cual ofrecían un medio muy natural la multiplicidad y complicación de los objetos que se debatían, sin tener que recurrir á una grande astucia diplomática.

«Todo depende de dos cosas, escribía Mr. Otto: ¿Será vencido en Egipto el ejército inglés? ¿Marchará la España franca y decididamente contra Portugal? Apre-súrense ustedes; procuren obtener estos dos resultados ó uno de ellos cuando menos, y habrán conseguido dar al mundo la paz más hermosa y memorable. Pero debo decir, añadía, que si bien los ministros ingleses temen mucho á nuestros soldados del ejército de Egipto, ningún recelo les inspira la resolución de la corte de España.»

Hacía, pues, el primer cónsul continuos esfuerzos para activar la acción de la antigua corte española y

para hacerla cooperar á los dos grandes proyectos, que consistían, el uno en invadir el Portugal, y el otro en dirigir hacia el Egipto las fuerzas navales de las dos naciones. Desgraciadamente los resortes de aquella antigua monarquía estaban gastados. Un rey honrado, pero obcecado y como absorbido por las atenciones más vulgares y menos dignas del trono; una reina entregada al más vergonzoso desenfreno, y un favorito vano, superficial é ignorante, agotaban en la incuria y en la licencia los últimos recursos de la monarquía de Carlos IV. Luciano Bonaparte, á quien se dió la embajada de Madrid para indemnizarle del ministerio del Interior, de que fué separado, celoso de los triunfos diplomáticos de José, se agitaba en España por armar ruido y hacerse notar favoreciendo la política de su hermano, y es indudable que había adquirido en el país cierta influencia, merced á su nombre, y merced también á la afortunada osadía con que sin curarse de los ministros titulares se puso en relación directa con el verdadero jefe del gobierno, que era el príncipe de la Paz. Poniendo á éste en la alternativa de apoyar al primer cónsul ó provocar su resentimiento, llegó á excitar en él un celo poco común por los intereses de la alianza, y le hizo adoptar completamente el proyecto de la guerra contra Portugal. Luciano había dicho á la corte de España: «Deseáis la paz, la deseáis ventajosa, ó por lo menos inocua; queréis conseguirla sin haber perdido ninguna de vuestras colonias; ayudadnos, pues, á que consigamos prendas, de las cuales nos serviremos para arrancar á la Inglaterra la mayor parte de sus conquistas marítimas.» Semejantes ideas eran excelentes y sin réplica, pero no las más decisivas para el príncipe de la Paz. Luciano imaginó otras más eficaces: «Usted es aquí todo, dijo al privado; mi hermano lo sabe, y á usted culpará si quedan fallidos sus proyectos de alianza.

¿Quiere usted por amigos ó por enemigos á los Bonaparte?» Estos argumentos, empleados ya en otra ocasión para decidir la guerra de Portugal, se repetían diariamente para acelerar sus preparativos. Por lo demás, cualesquiera que fuesen los argumentos que en el príncipe de la Paz influían al hacer esta guerra, no obraba en manera alguna contra los intereses de su país. De ningún modo podía servir mejor á dichos intereses, porque la guerra contra Portugal era el único medio de conseguir de Inglaterra la restitución de las colonias españolas.

Acelerábanse los preparativos cuanto era posible, é invertíanse en ellos los últimos recursos de la monarquía. ¿Quién creería que aquella grande y noble nación, cuya gloria llenó el mundo, y contra cuyo patriotismo debíamos, por desgracia, estrellarnos en breve ruidosamente; quién creería que apenas podía reunir veinticinco mil soldados?; ¿que con sus soberbios puertos y un crecido número de naves, reliquias del feliz reinado de Carlos III, sufría apuros para pagar á unos cuantos obreros en sus arsenales, y para botar al agua sus buques?; ¿que se hallaba por fin en la imposibilidad de proporcionarse víveres para abastecer sus escuadras? ¿Quién creería que los quince navíos españoles detenidos en Brest hacia dos años componían toda su marina en estado de servicio? La privación de los metales, resultado de la interrupción de sus relaciones con Méjico, la tenía reducida al papel-monedas, y éste había llegado

al último grado de descrédito. Acababa de hacerse un llamamiento al clero, que á la sazón no poseía los fondos de que había inmediata urgencia, pero que gozaba de más crédito que la corona, y valiéndose de él se pudo dar cima á los preparativos comenzados.

Por fin, pusiéronse en marcha hacia Badajoz veinticinco mil hombres, no del todo mal equipados, aunque insuficientes para el objeto á que iban destinados. Había declarado el príncipe de la Paz que no podía arriesgarse á entrar en Portugal sin una división francesa, y el primer cónsul apresuró la reunión de esta división en Burdeos, logrando que atravesase en breve los Pirineos y que se encaminase á marchas forzadas hacia Ciudad Rodrigo. Quería el príncipe de la Paz entrar con los españoles por el Alentejo, mientras que la división francesa penetrase por las provincias de Beira y de Tras-os-montes. El general Saint-Cyr, que debía mandar á los franceses, había ido á Madrid á concertar las operaciones con el príncipe de la Paz, y aunque por su carácter era poco apto para usar contemplaciones con la vanidad ajena, por cuanto era un tanto vano y puntilloso, consiguió que el príncipe aceptase sus buenos consejos y concertase con él un plan de operaciones conveniente.

Portugal, viéndose apretado tan de cerca, envió á Madrid al señor de Araujo, á quien se negó el reconocimiento. Pasó entonces el señor de Araujo á Francia y allí encontró la misma repulsa. Portugal se decía dispuesto á pasar por todas las condiciones con tal de que no se le obligara á cerrar sus puertos á los buques del comercio inglés. Estos ofrecimientos fueron rechazados, y se determinó exigir de él: la expulsión completa de todo buque inglés, así de guerra como mercante; que se retendrían tres de sus provincias en depósito hasta que se verificase la paz, y por fin se le harían pagar los gastos de la expedición.

Pusiéronse en marcha las tropas de las dos naciones, y el príncipe de la Paz dejó á Madrid, llena la cabeza de lisonjeros sueños de gloria. Debían acompañarle la corte y el mismo Luciano; el primer cónsul recomendó á las tropas francesas la más severa disciplina; mandóles oír misa los domingos, visitar á los obispos siempre que llegasen á alguna cabeza de diócesis, y en una palabra, que se conformasen en todo y por todo á las costumbres del país. Quería que el aspecto de los franceses, en vez de provocar desvío en los españoles, los acercase aún más á la Francia.

Todo por aquel lado salía á medida de sus deseos, y cooperaba al mayor interés de la negociación entablada en Londres; pero aún quedaba mucho que hacer en cuanto al empleo de las fuerzas navales. Ya hemos visto de qué manera habían de contribuir al común objeto las tres marinas de Holanda, Francia y España. Habíase, pues, dispuesto que cinco naves holandesas, cinco francesas y otras tantas españolas, entre todas quince, cargadas de tropas, amagasen al Brasil ó procurasen volver á tomar la Trinidad; todo el resto de las fuerzas navales estaba destinado al Egipto. Ganteaume, procedente de Brest, con siete naves que llevaban una fuerza considerable, se encaminaba hacia Alejandría; los demás buques españoles y franceses permanecieron fondeados en aquel puerto para hacer temer constantemente una expedición á la Irlanda, mientras otra expedición proce-

dente de Rochefort, unida con cinco naves españolas armadas en el Ferrol y otras seis armadas en Cádiz, debía seguir á Ganteaume á Egipto. Pero no pudo revelarse este proyecto á la España por temor de una indiscreción, y se le pidió sin más explicación que hiciese pasar á Cádiz la división preparada en el Ferrol. La corte de España reclamó enérgicamente contra semejante dirección, y expuso el peligro de atravesar los cruceros ingleses, muy numerosos en la entrada del estrecho y en las cercanías de Gibraltar. Por otra parte, los buques del Ferrol apenas se hallaban en estado de botarse al agua, por lo mucho que se había retrasado su armamento.

Luciano, sin descubrir el proyecto relativo al Egipto, habló de la necesidad de dominar el Mediterráneo, de la posibilidad de intentar en aquella mar alguna cosa útil á los dos países, y de arriesgarse quizá á una expedición para recobrar á Menorca; consiguió por fin las órdenes necesarias, y la división española del Ferrol tuvo que pasar á Cádiz conducida por la escuadra francesa de Rochefort. Pero aún faltaba otra cosa; España, como se recordará, había prometido regalar á Francia seis navíos. Había duda acerca de la época en que debería cumplirse esta condición, mas como iba á entregarse la Toscana aun antes que la Luisiana fuese devuelta á Francia, parecía justo que dichos buques fueran entregados inmediatamente. Decidióse por fin el ministro español á escoger seis en el arsenal de Cádiz y á dárnoslos al punto, pero no quería cederlos armados y provistos de víveres; sin embargo, no era fácil enviar allí desde Francia cañones y galleta (altercados mezquinos en presencia del enemigo común, á quien por todos medios era preciso batir si se le quería obligar á que desistiese de sus desmedidas pretensiones). Por fin, estas dificultades se resolvieron á gusto del primer cónsul. Vimos ya que el almirante francés Dumanoir había partido en posta á Cádiz con objeto de vigilar el equipo de los buques españoles, ya franceses, y de encargarse de su mando. Había visitado este almirante los puertos de España y encontrado en ellos toda la confusión y toda la desnudez de la opulencia desordenada y negligente. Con los restos de un material espléndido, con numerosos bastimentos de excelente construcción, pero desarmados, y con el más soberbio astillero, no había en Cádiz, por falta de soldada, ni un marinero ni un artesano para reponer aquella marina en estado de servicio. Todo estaba allí entregado al despilfarro y al abandono (1).

El ministro francés había enviado al almirante Dumanoir créditos sobre las casas más poderosas de Cádiz, y á fuerza de metálico consiguió aquel oficial vencer las principales dificultades. Después de escoger los buques que menos habían sufrido por causa del tiempo y la incuria española, los armó aprovechando el material que sacó de otros: se proporcionó marineros franceses, los unos emigrados por causa de la revolución, prófugos los otros de las prisiones de Inglaterra, agregando á éstos otros cuantos que le enviaron de los puertos de Francia en embarcaciones ligeras; solicitó y obtuvo el

(1) Las reclamaciones de este almirante existentes en los archivos, no de Marina, sino de Negocios extranjeros, ofrecen el cuadro más curioso del estado á que puede llegar una gran nación entregada á manos ignorantes.

permiso de enganchar para el servicio á algunos españoles, y se procuró finalmente marinos suecos y daneses prometiéndoles una crecida soldada. Enviáronle por la posta atravesando la península los oficiales necesarios para organizar dotaciones y sus estados mayores, y para completar sus tripulaciones hicieron emprender la marcha por Cataluña á varios destacamentos de infantería francesa. Esta división, la del Ferrol y la de Rochefort, que venían á formar una fuerza de diez y ocho buques, debían dirigirse á Egipto después de haber tocado en Otranto para recibir diez mil hombres de desembarco. Estos proyectos, cuya exposición hicimos más arriba, estaban ahora en completa ejecución.

Para conseguir de España los escasos recursos que con tanto trabajo acababa de suministrar, cumplió el primer cónsul con lealtad escrupulosa todas las promesas que le había hecho, y aun se excedió en su cumplimiento. La casa de Parma había recibido en lugar de su ducado el hermoso territorio de la Toscana, que era hacía largo tiempo el anhelo más ardiente de la corte de Madrid, y para semejante substitución era necesario el consentimiento del Austria. El primer cónsul puso su empeño en obtenerlo, y lo logró por fin. El ducado de Toscana además había sido erigido en reino de Etruria. El duque anciano reinante en Parma, príncipe devoto y enemigo de todas las novedades del tiempo, era, según hemos dicho, hermano de la reina de España. Su hijo, jóven mal educado, había casado con una infanta y vivía en el Escorial, y para estos dos jóvenes esposos estaba destinado el reino de Etruria. Sin embargo, como el primer cónsul no había prometido este reino sino en cambio del ducado de Parma, no estaba obligado á entregar el uno sino faltando el otro, y éste sólo podía vacar por muerte ó abdicación del anciano duque reinante; pero aquel viejo no quería ni morirse ni abdicar. A pesar del interés que tenía el primer cónsul en verse libre en Italia de semejante huésped, continuó tolerándole en Parma, colocando sin tardanza á los infantes en el trono de Etruria; sólo exigió que éstos fuesen á París á recibir la corona de sus manos como en otro tiempo acudían los monarcas súbditos á la antigua Roma para recibir la corona de manos del pueblo rey. Quería ofrecer á la Francia republicana aquel extraño y grandioso espectáculo; dejaron, pues, á Madrid aquellos jóvenes príncipes para trasladarse á París, en el momento mismo en que sus tíos se encaminaban hacia Badajoz para que tuviese el privado el placer de lucirse al frente de su ejército. Tales eran las atenciones con que el primer cónsul esperaba aguijonear el celo de la corte de España y hacer que coadyuvase á sus designios.

El Egipto era en aquel momento el punto de mira del universo; hacia él tendían los esfuerzos, las miradas, los temores, las esperanzas de las dos grandes naciones beligerantes, Francia é Inglaterra. Diríase que se habían propuesto estas dos naciones servirse por última vez de aquella región antes de deponer las armas, para terminar ruidosamente, y cada cual con la mayor ventaja, la terrible guerra que ensangrentaba el globo hacía diez años.

Dejamos á Ganteaume intentando salir de Brest el 3 plovioso (13 de enero de 1801) con una desenfrenada tormenta. Fuéronle los vientos contrarios mucho tiem-

po, y otras veces le faltaron de todo punto; por fin, una racha del Nordeste con dirección á la costa le permitió hacerse á la vela para obedecer al edecán del primer cónsul, Savary, que se hallaba en Brest con encargo de vencer toda clase de resistencias. Pudo ser costosa aquella imprudencia; pero ¿qué otra cosa había de hacerse en presencia de una escuadra enemiga que bloqueaba incessantemente la rada de Brest con toda clase de temporales, y sólo se retiraba cuando el crucero llegaba á ser imposible? Era preciso ó no salir nunca ó salir con una tempestad que alejase á los ingleses. La escuadra compuesta de siete navíos, dos fragatas y un bergantín, todos buques veleros, conducía cuatro mil soldados, un inmenso material, y gran número de empleados que habían entrado á bordo con sus familias creyendo ir á Santo Domingo. Apagáronse las luces de la escuadra para no ser percibidos y se pusieron á punto las jarcias y velas en medio de los más grandes temores. El viento Nordeste era el más peligroso de todos para salir de Brest; reinaba en aquel momento con extremada violencia, pero felizmente no adquirió todo su ímpetu sino después de haber atravesado las barras y de haber entrado en alta mar. Fué preciso arrostrar mil peligros y recibir el choque de ráfagas tremendas y de una mar espantable. Iba la escuadra en orden de batalla con su capitana el *Indivisible* al frente. Seguía á éste el *Formidable*, arbolando la insignia del contraalmirante Linois; iba después el resto de la división, dispuestos todos á combatir caso de presentarse el enemigo.

Apenas la escuadra salió á alta mar, el viento que había ido arreciando cada vez más tronchó las tres gavias del *Formidable*. El navío *Constitución* perdió su mastelero mayor; el *Diez de Agosto* y el *Juan Bart*, que le seguían de cerca, se situaron á babor y estribor y le tuvieron á la vista hasta el día siguiente para acudir en su socorro en caso necesario. El bergantín el *Buitre* estuvo á punto de irse á fondo cuando fué oportunamente socorrido. Quedó la escuadra dispersa en medio de la tempestad y de las tinieblas. Al siguiente día al despuntar la luz, Ganteaume, que iba á bordo del *Indivisible*, se mantuvo algún tiempo al paio con objeto de reunir su división; pero temiendo la vuelta de los ingleses, que no se habían presentado hasta entonces, y contando con el punto de reunión dado á cada navío, navegó hacia el sitio convenido. Hallábase el punto de reunión á cincuenta leguas al Oeste del Cabo San Vicente, que es uno de los más prominentes de la costa meridional de España. Los otros buques de la división, después de haber sufrido la tormenta, se repararon de sus averías en la mar por medio del material que llevaban de repuesto, y acabaron por reunirse todos excepto la capitana, que después de haberlos esperado, gobernó hacia el paraje señalado para la reunión. El único accidente ocurrido en la travesía fué un encuentro de la fragata francesa *La Bravura* con la fragata inglesa *La Concordia* que había acudido á observar el derrotero de la división. El capitán Dordelin, que comandaba *La Bravura*, se encaminó derechamente hacia la fragata inglesa y la provocó al combate, púsose con ella bordo á bordo y la disparó varias andanadas que causaron grande estrago en su cubierta. El capitán Dordelin tomaba sus disposiciones para saltar al abor-

daje, cuando la fragata inglesa, maniobrando por su lado para evitar este peligro, se puso en salvo navegando á todo trazo (1).

La fragata francesa se juntó á la división, y de allí á poco todas las naves se reunieron en el meridiano indicado en torno del pabellón de la capitana. En este orden continuaron navegando hacia el estrecho de Gibraltar, después de haberse librado como por milagro de los peligros de la mar y del enemigo. La escuadra estaba llena de arrojo; ya empezaba á adivinar su destino y cada cual deseaba llenar la gloriosa misión de salvar al Egipto.

Mucho importaba que se apresurase, porque en aquel momento la escuadra del almirante Keith, reunida en la bahía de Macri, en la costa del Asia Menor, sólo esperaba los últimos preparativos de los turcos, siempre muy lentos, para hacerse á la vela y conducir un ejército inglés á las Bocas del Nilo. Era, pues, menester anticiparse á él, y las circunstancias parecían favorecer singularmente este proyecto. El almirante inglés Saint-Vincent, que mandaba el bloqueo de Brest, advertido demasiado tarde de la salida de Ganteaume, envió en su seguimiento al almirante Calder con una fuerza igual á la de la división francesa, es decir, con siete navíos y dos fragatas. Los ingleses, no pudiendo imaginarse que la división francesa se atreviera á penetrar en el Mediterráneo en medio de tantos cruceros, y por otra parte engañados en todas las noticias que recibían, creyeron que los franceses habían navegado hacia Santo Domingo; en este concepto el almirante Calder gobernó hacia Canarias, para desde allí encaminarse á las Antillas. Entretanto Ganteaume había embocado el Estrecho, y costaba el África para substraerse á los cruceros ingleses de Gibraltar.

No le favorecían bastante bien los vientos, pero la ocasión era oportuna para llenar su cometido, porque el almirante inglés Warren, que cruzaba incesantemente desde Gibraltar á Mahón, apenas tenía más que cuatro naves por hallarse todas las demás fuerzas inglesas con el almirante Keith ocupadas en el transporte del ejército de desembarco. Desgraciadamente ignoraba Ganteaume estos pormenores, y la responsabilidad que pesaba sobre su cabeza le causaba una turbación involuntaria que jamás produjeron las balas en su intrépido corazón. Moleestado por dos naves enemigas que acudieron á observarle muy de cerca, el cúter *Sprightly* y la fragata *Suceso*, les dió caza, y se apoderó de ambas. Pasó finalmente el Estrecho, y entró en el Mediterráneo. Bastábale forzar de vela para internarse en el Oriente. El almirante Warren estaba en efecto recogido en la rada de Mahón, y el almirante Keith, embarazado con doscientos transportes, no había dejado aún las costas del Asia Menor. Las playas del Egipto estaban, pues, libres, y podían llevarse al ejército francés los socorros que con impaciencia esperaba y que hacía tanto tiempo se le prometían. Pero Ganteaume, siempre receloso é inquieto por la suerte de su escuadra, y más aún por la de los numerosos soldados que á su

(1) Han pretendido los ingleses que fué la fragata francesa la que abandonó el campo de batalla; pero las noticias comunicadas por dos oficiales superiores que aún viven y que formaban parte de la escuadra, no me dejan duda alguna sobre la verdad del relato que acabo de hacer. (N. del A.)

bordo conducía, se turbaba al avistar la más pequeña nave. Creyendo que entre él y el Egipto existiese una escuadra enemiga, temía especialmente por el estado de sus naves, y el no poder precipitar su marcha ante un enemigo superior en fuerzas, caso de ser necesario, por haber destrozado sus arboladuras la tempestad. Había, pues, perdido toda su confianza. Descontento de la fragata *Bravura*, que no navegaba enteramente á su gusto, quiso deshacerse de ella y dirigirla hacia Tolón, y en vez de encaminarla sencillamente hacia dicho puerto y de continuar por su parte costando el África y navegando de Oeste á Este, cometió el yerro de subir hacia el Norte y de ir á situarse casi á la vista de Tolón. Era su intento llevar á la fragata de conserva cierto trecho para protegerla contra los cruceros enemigos, plan disparatado, puesto que era cien veces mejor comprometer la suerte de una fragata que el éxito de todo su cometido. Merced á este yerro fué avistado por el almirante Warren, que se apresuró á salir de Mahón. Ganteaume, para intimidarle, fingió darle caza. El intrépido capitán Berget, comandante del navío francés *Diez de Agosto*, adelantóse más que los otros y con más celeridad, fué á reconocer á los ingleses de cerca, y sólo divisó cuatro navíos y dos fragatas. Lleno de júbilo por su reconocimiento, creyó que, superiores en número á los ingleses, no tenían más que arremeter á ellos para aventajarlos ó destruirlos; pero recibió de repente la orden de cesar en su persecución y de reunirse con la escuadra. Aquel valiente oficial, lleno de desconsuelo, se puso inmediatamente en comunicación con Ganteaume, repitió que le habían engañado sus vigías, que no tenía á la vista más que cuatro navíos; esfuerzos vanos. Ganteaume creyó divisar siete ú ocho naves, y resolvió gobernar hacia el Norte. Sin embargo, era cierto (según lo probaron después los informes del almirante Warren) que sólo tenían á la vista cuatro navíos enemigos. Se acercó, pues, Ganteaume al golfo de Lyon para despedir á la fragata *Bravura*, y habiendo divisado nuevamente la escuadra inglesa, se guareció lleno de zozobra en Tolón. Aguardábanle allí otras inquietudes, por el temor de la cólera del primer cónsul, indignado al ver comprometida una expedición tan importante en el momento mismo del triunfo. Esta resolución perdió al Egipto, que hubiera podido salvarse aquel mismo día.

En efecto, mientras Ganteaume bordeaba entre la costa de África y Mahón, dos fragatas, la *Justicia* y la *Egipcia*, procedentes de Tolón con municiones y cuatrocientos caballos, habían dado á la vela hacia el Este, y sin encontrar un solo buque inglés aportaron á Alejandría. Otras dos fragatas, la *Regenerada* y la *Africana*, procedentes de Rochefort, acababan de atravesar el Océano y de penetrar por el Estrecho al Mediterráneo sin el menor contratiempo. Pero por desgracia se habían separado; la *Regenerada* llegó sin tropiezo alguno á la vista de Alejandría el 2 de marzo de 1801 (11 ventoso del año IX); la *Africana*, alcanzada por una fragata inglesa durante la noche, se detuvo para batirla. Llevaba á su bordo trescientos soldados que, deseando tomar parte en el combate, ocasionaron un desorden espantoso, y después de una lucha heroica, fueron causa de su derrota. Apresóla la fragata inglesa; pero como acabamos de ver, de cuatro fragatas, procedentes unas

de Tolón y otras de Rochefort, tres que llegaron á su destino sin contratiempo encontraron la costa de Egipto libre de enemigos y de tan fácil acceso, que lograron arribar á Alejandría sin disparar un solo tiro: ¡tan difíciles son los encuentros en la inmensidad de los mares; tan útil puede ser el arrojo en ellos para un oficial que quiere arriesgar su bandera para cumplir un deber sagrado!

Ganteaume entró en Tolón el 19 de febrero (30 pluvioso) rendido de fatiga, devorado de inquietudes, y sufriendo, según él mismo escribió al primer cónsul, toda clase de tormentos á la vez; no podía menos de ser así, porque acababa de comprometer intereses de primer orden (1). El primer cónsul, por naturaleza irascible, no solía contener sus ímpetus contra cualquiera que hiciera abortar uno de sus proyectos; pero conocía á los hombres, sabía que no debía dárselos muestras de descontento en el momento mismo de la acción, porque con esto en vez de animarlos se los desalentaba y aturdí; sabía que Ganteaume necesitaba ser estimulado y reanimado, y no confundido con las explosiones de una cólera que todo el mundo tenía á la sazón como la mayor de las desgracias; por lo cual, lejos de humillarle con sus reconvenciones, le envió su edecán Lacuée para que le consolase y le reanimase y pusiera á su disposición tropas, víveres y dinero, para conseguir inmediatamente una nueva salida.

Limitó, pues, su severidad á echarle en cara con dulzura el haber abandonado las playas de África por las de las islas Baleares, llamando de este modo en su seguimiento al almirante Warren.

Era Ganteaume un hombre honrado, buen marino y soldado excelente; pero el estado de su ánimo en aquel momento es una prueba de que la responsabilidad causada á veces en los hombres mucha más turbación que el mismo peligro del cañón. No es por cierto este fenómeno deshonroso, por cuanto manifiesta que temen aún más comprometer los destinos que se les encomiendan, que exponer su propia vida. Ganteaume, alentado por el primer cónsul, emprendió nuevamente su obra, pero perdió tiempo en reparar las averías de sus naves y en esperar vientos propicios. Quedábanle, no obstante, algunos momentos favorables; el almirante Warren se había encaminado hacia Nápoles y Sicilia, y el almirante Keith, aunque se aproximaba á Aboukir con el ejército inglés, podía ser fácilmente sorprendido en su vigilancia, y entretanto podían desembarcar las tropas francesas, bien fuese más allá de Aboukir, esto es, en Damietta, ó bien más acá á veinte ó veinticinco leguas al Oeste de Alejandría, lo cual hubiera permitido á nuestros soldados volver á invadir el Egipto con unas cuantas marchas atravesando el desierto.

Mientras que por instancias del primer cónsul se disponía Ganteaume á verificar su segunda salida, nuevas cartas enviadas de París apresuraban la organización de las escuadras de Rochefort, del Ferrol y de Cádiz para hacer llegar socorros á Egipto por todos los medios á la vez. Finalmente, Ganteaume, reanimado con las exhortaciones del primer cónsul, unidas á numerosas muestras de su benevolencia, volvió á hacerse á la

(1) Véase un informe del almirante Warren del 23 de abril de 1801, inserto en *El Monitor* del 27 mesidor del año IX (número doble 296 y 297). (N. del A.)

vela el 19 de marzo (28 ventoso). Pero en el momento de salir encalló el navío la *Constitución*, y fué preciso aguardar dos días para ponerle á flote. El 22 de marzo (1.º germinal) la escuadra zarpó de nuevo con siete navíos y muchas fragatas, y se dirigió hacia la Cerdeña sin ser advertida por los ingleses.

Era muy de desear que estos esfuerzos se lograsen, en parte al menos, porque nuestro ejército de Egipto, entregado á sus propios recursos solamente, tenía que habérselas con los soldados del Oriente y del Occidente reunidos. Sin embargo, aun reducido á sus propias fuerzas, podía vencer á la multitud de sus enemigos si se le conducía bien, como había vencido ya en los campos de Heliópolis y de Aboukir. Por desgracia no estaba ya á su frente el general Bonaparte, y Desaix y Kléber habían muerto.

Cúmplenos ahora trazar la situación de Egipto después de la funesta puñalada que derribó la noble persona de Kléber, cuyo solo aspecto, así en las orillas del Rhin como en las del Nilo, bastaba para vigorizar el corazón de nuestros soldados, para hacerles olvidar los peligros, la miseria y los dolores del destierro. Cúmplenos describir el estado de la colonia, próspero en un principio, y después su desastre tan repentino; harémoslo así, porque conviene poner ante los ojos de una nación el espectáculo de sus reveses, así como el de sus triunfos, para que deduzca de él útiles enseñanzas. Ciertamente en medio de las inauditas prosperidades del consulado, fruto de una ejemplar conducta, no bastará una desgracia á obscurecer el brillo del cuadro que vamos á trazar; pero es preciso que demos á nuestros guerreros, y más aún que á nuestros soldados á nuestros generales, la cruel lección que contienen los últimos días de la ocupación del Egipto. ¡Ojalá les haga ella meditar sobre su propensión harta frecuente á la desunión, sobre todo cuando una mano poderosa no los sujeta y no aprovecha contra el enemigo común la actividad de su inteligencia y vivacidad de sus pasiones!

Cuando murió Kléber, el Egipto parecía sometido. Después de haber visto el ejército del gran visir dispersado con la rapidez del pensamiento, y reprimida en pocos días por unos cuantos soldados la insurrección de trescientos mil habitantes del Cairo, miraban los egipcios á los franceses como invencibles, y consideraban su establecimiento en las orillas del Nilo como un decreto del destino. Por otra parte, empezaban ya á familiarizarse con sus huéspedes europeos, y á hallar el nuevo yugo mucho menos pesado que el antiguo, pues que pagaban menos impuestos que bajo la dominación de los mamelucos, y no recibían ya al llegar la época de la recaudación del miri los palos que les prodigaban sus correligionarios desposeídos. Murad-Bey, aquel príncipe mameluco de carácter tan generoso y caballeresco, que concluyó por unirse á los franceses, poseía en feudo el alto Egipto. Mostrábase fiel vasallo, pagaba con religiosidad su tributo, y cuidaba escrupulosamente de la policía del Nilo superior; era en suma un aliado con el cual se podía contar. Una mera brigada de dos mil quinientos hombres, situada en las cercanías de Beni-Suef y dispuesta á toda hora á replegarse sobre el Cairo, bastaba para contener al alto Egipto, y no era ésta poca ventaja atendido el limitado número efectivo de nuestras tropas.